



1987

*D. Antonio López Belchi*

Entrañables paisanos.  
Amigos queridos y siempre recordados.  
Respetable Cabildo Superior de Cofradías.

Me encuentro entre vosotros con la tranquilidad, el calor y el bien estar del propio hogar. Uno de vosotros, uno entre vosotros, hermano entre hermanos.

No vengo a pregonaros un mensaje desde la distancia y objetividad del forastero. Vengo a compartir vuestra ilusión y cariño por la Semana Santa en nuestro pueblo.

Sólo el que ha ido descubriendo el mundo y la vida, correteando por estas calles, hoy bien arregladas, jugando por aquellas eras que lo rodeaban tirando hacia el campo, bañándose en las acequias que riegan nuestra huerta, puede sentir muy dentro el acontecimiento singular y siempre nuevo de la Semana Santa en el pueblo. Porque descubrimos en él que nuestra fe está afincada en la muerte redentora del crucificado y en el hombre nuevo que nació en la resurrección.

La historia se construye sobre el pasado, mejorándolo, pero sin renunciar de él, como se amplía en camino del progreso donde lo dejaron nuestros antepasados, con los que tenemos una deuda de gratitud por transmitirnos, escrito en sus huesos, la fe y las sanas tradiciones.

Os invito a que me acompañéis, frenando el trepidante ritmo en que vivimos, mirando hacia atrás, porque nuestro presente fue afianzándose desde la infancia y merece la pena recordarlo. Eran otros tiempos que están en la mente de todos:

Paco y yo corremos la carretera hacia el Pico del Tío Carrillo en donde se ve un grupo numeroso de vecinos. Son de la huerta, San Pedro, Los Puras,...

Vamos en busca de la procesión que está bajando por la Calle Mula.

La carretera, que se convierte en paseo los domingos, está desierta, las puertas cerradas, sólo quedan en casa los ancianos que verán pasar la procesión desde su puerta, sentados en una silla de anea, porque todo el pueblo participa en la procesión del Viernes Santo.

-Mira Paco, ya viene, está dando la vuelta.

Ante nosotros, el estandarte y a cada lado empiezan las filas. Son hombres y mujeres con velas en sus manos que andan despacio. Quieren dar un respiro a sus vástagos, de los que están orgullosos.

Son jóvenes vigorosos, teñidos por el sol de la huerta, con las manos encallecidas por el legón y la azada. Soportan sobre sus hombros, como si nada, las andas que elevan en trono a Nuestro Padre Jesús.

Quedamos sobrecogidos por la expresión de esta imagen impresionante. El Nazareno, cargado con la cruz, parece caminar sobre un campo de claveles rojos.

- Esa cruz debe pesar mucho, ¿verdad?
- Seguro que entre los dos no la podríamos ni mover.
- Mira, Antonio, todas las mujeres que van detrás del trono van descalzas.
- Eso es porque cumplen alguna promesa.
- Pues anda que con las piedras que hay por todas las calles.

Hablamos muy bajo porque reina un tenso silencio. (La gente se santigua al pasar la imagen).

De pronto se oye un golpe seco, estremecedor. Es el palo de apoyo golpeando sobre el trono, inmediatamente se ponen en movimiento.

Vemos pasar a muchos conocidos. Son familiares y vecinos. También algunos amigos.

- Mira, por allí va Perico con Benjamín.
- Por aquel lado va Joaquín con su madre y su hermana pequeña.
- Ahora van a pasar junto a nosotros Luis, Paco y Gonzalo.

Sobre las cabezas del desfile sobresale el Cristo Crucificado. Parece un árbol bien plantado y sus acompañantes las raíces. ¿Qué misteriosa relación habrá entre el Crucificado y los que le acompañan?

- Fíjate, Paco, cómo lo han clavado en la cruz ¡y son clavos de verdad!
- Eso lo han hecho los judíos.
- Está lleno de sangre y tiene las rodillas despellejadas.
- ¡Claro! Tuvo que llevar la cruz y se cayó al suelo muchas veces.
- ¡Anda que la corona de espinas tiene que doler poco!
- ¿Por qué le habrán puesto a la cruz por detrás ramas de rosales llenas de flores?
- ¡Mira, por allí viene San Juan!
- Va indicando a la Virgen con el dedo por dónde va Jesús. ¿Verdad que San Juan es muy alto?
- Sí, pero lleva menos flores que los otros pasos.
- ¿Tú sabes por qué San Juan lleva una palma en la mano?
- Pues no, pero siempre se la ponen.
- Se lo tenemos que preguntar a Don Valentín.
- Ya falta poco para que pase la Virgen.

Y sigue el desfile: mujeres con velas, hombres con el sombrero en la mano, jóvenes desenfadados, mujeres con sus hijos en brazos,...

- ¡Vaya corte que se ha hecho en la fila!

Unos miran hacia atrás, otros dudan en seguir o pararse. Alguien viene deprisa y recompone la fila que continúa su marcha.

-¡Ésa es la Virgen de los Dolores!

Nos subimos a la piedra del Pico para verla mejor porque ha ido formándose un gran gentío.

-Está mirando al cielo y lleva los brazos abiertos. ¡Parece que quiere hablar!.

-¿Has visto? ¡Tiene una espada en el corazón! ¿Quién se la habrá clavado?.

-¡No!, eso es que está sufriendo mucho por las cosas que le han hecho a su hijo. Es como si a ti te hicieran lo mismo que al Señor y tu madre lo estuviera viendo.

-¡Da mucha pena verla así! ¡Tiene lágrimas en la cara! ¡Y parece que no está llorando!.

-¡Es muy guapa!, ¿verdad?

-¿Has visto cuántas flores de todos los colores le han puesto?.

Le siguen las mujeres penitentes, descalzas, con un gran manojo de velas chorreantes.

Y la procesión se encamina por la recta y amplía carretera hacia la iglesia.

-Esta noche iremos a ver al Señor muerto que lo sacan en una cama y van a venir cuatro guardias para darle escolta.

-Sí, nos vemos en la puerta de la iglesia.

-Yo me voy a casa que tengo un hambre... Como mi madre está en la procesión no he almorzado.

-¿Es que no sabes que el Viernes Santo no se come? Y mañana sábado no se puede hablar ni jugar porque el Señor está muerto.

En nuestras mentes infantiles quedaba grabada esta vivencia tan profunda que llenaba todo el ser. Nuestra imaginación convertía en misterio toda la Semana Santa. Eran ojos nuevos que descubrían y vivían en lo más íntimo una historia de amor y contradicción de vida y de muerte.

Como en armoniosa composición se conjugaban en cada trono el fruto de la primavera con sus flores de luz, vida, aroma y color, de las que brotaba la angustia, el sufrimiento, el dolor y la muerte. Como la vida misma nos descubriría más adelante.

Quedamos envueltos y penetrados en profundos sentimientos humanos y religiosos.

Hoy, con vuestro esfuerzo, ilusión y cariño, habéis conseguido para todo el pueblo unas procesiones espléndidas, orgullo de los torreños. Os invito a vivirlas con el espíritu que reclama el Misterio Pascual.

Os invito a que en cada procesión profundicéis en el proceso de Jesús, el Cristo, descubriendo que es el proceso y la historia de cada persona y de la humanidad. Y os alerto para que en cada paso veáis la cruda y dura realidad humana.

La Pasión de Jesús que celebramos desde el recuerdo en Jerusalén. Es la pasión del hombre de hoy:

En el joven, zarandeado por ideologías e intereses ocultos, doblegado en su esperanza frustrada e

ilusiones desparramadas, golpeado por el alcohol y la droga, cansado de esperar ese puesto de trabajo que no llega. El joven, ese proyecto maravilloso que no acaba de cuajar... Es el mismo Jesús, entregado por dinero, azotado sobre la columna y coronado de espinas.

En el pobre, desgajado del árbol de la sociedad, que recorre albergues y casas de misericordia, que con insistencia aporrea nuestras puertas. El pobre, sin dignidad, sin vergüenza, sin cariño, sin hogar... Ahí, en ese pobre está Cristo, que es condenado a muerte por la cobardía de quien no desenmascara la hipocresía y no denuncia la injusticia.

En el padre de familia, que no sabe más que de trabajo, que no comprende ni es comprendido por sus hijos, que ha perdido la autoridad sobre ellos y que saben más que él porque gracias a su esfuerzo están estudiando, lo que él no pudo hacer.

En ese padre, limitado y constantemente amenazado en su capacidad laboral y creativa, está Cristo que ha cargado con la cruz del mundo hacia el absurdo de un trato y una muerte injusta.

En el anciano, al que sólo le queda el carácter y su creciente mal genio porque se acaban sus fuerzas y no puede lo que podía. Se van empañando las ventanas de su alma y no ve con claridad, las piedras de su molino se han desgastado, se mueven y sólo está para caldos cuando lo suyo fue el pan del día anterior. Los remos de su barca están agarrotados y apenas puede andar. Y nadie lo comprende en su impaciencia y hasta duda de la utilidad de su paso por el mundo.

Con él está Cristo, clavado en la cruz, más cerca del cielo que de la tierra. "Todo está consumado".

Así es el dramático realismo de la vida que se vive en las procesiones de Semana Santa.

En cada paso y trono, que adornáis con tanto gusto, está la luz y la sombra de la vida. Contemplarlo bajo el sol ardiente de la mañana o de la suavidad de la noche en primavera, cuando la procesión recorre las calles, es dejarse penetrar por todos los sentidos y potencias del alma por ese misterio asombroso del amor de Dios que se hizo hombre para que el hombre llegara hasta Dios.

Podéis descubrirlo en cada uno de vuestros pasos e imágenes que sacáis en procesión:

1. Cristo que carga con la cruz, la cruz de ser hombre y la cruz de los hombres, la cruz de nuestras amarguras y decepciones.
2. Cristo en la caída, implorando la ayuda de Dios y de los hombres. El que había compartido la alegría de la amistad, se encuentra solo y desamparado.
3. La mujer de su casa, entre niños y tareas domésticas, se ha lanzado a la calle. Una madre lo es de todos los hijos. Verónica paño de lágrimas, sangre y desconsuelo.
4. Y mirando al árbol seco descubrieron un brote nuevo. Con los brazos abiertos, en cruz, Cristo abraza a todo el pueblo: desde la Florida y Condomina hasta Los Pulpites y Media Legua, desde San Pedro y La Loma hasta el Taray y la Carretera de Mula.
5. La juventud, estoica, poseída de sí, herida por el dardo del amor... Entre el griterío de mil voces ha descubierto la luz. Juan, el joven, amigo de Jesús, sigue indicando el rastro que deja sobre el barro la verdad, desfigurado entre el polvo de la humanidad.
6. Era de Magdala y era mujer de buen ver que, saliendo de la oscuridad, encontró el amor y, superando el placer, regó con sus lágrimas el árbol de la vida del que pendía Jesús.

7. La madre, en su mente y en su corazón, nunca llega a cortar el cordón umbilical del hijo que le une a sus entrañas.

En pie, con el coraje de las mujeres fuertes.

Temblando por el dolor.

Con los brazos abiertos acogiendo a sus otros hijos que, sin saber lo que hacían, dan muerte a su mismo hermano.

Y recorrerá nuestras calles, sufriendo, una vez más, por la pasión de sus otros hijos.

8. La cruz desnuda ha quedado clavada en el centro del mundo como enseña y denuncia de todas las torturas. Está esperando otros cristos que la escalen para devolverles la vida.

9. La simiente plantada con amor ha dado fruto, recogido con dolor. Y ahí está la madre dando calor con su seno al cuerpo frío de su hijo bajado de la cruz.

Que el silencio del respeto ahogue nuestra respiración. Porque no hay dolor como el suyo

10. Lo llevan a enterrar para que redima la tierra desde sus entrañas. Si el grano de trigo no muere, queda infecundo.

¡La cosecha está garantizada!

La cosecha sois vosotros y soy yo, torreños de corazón, que nos preparamos a revivir en esta Semana Santa, el misterio del amor más grande que el mundo puede celebrar.

11. ¡Y sucedió! Ahí está el ángel arrancando del Calvario la cruz y elevándola como enseña de salvación. Anuncia que después de la noche tenebrosa ha llegado la aurora de un día nuevo, sin fin.

¡Jesús ha resucitado!:

¿No lo véis en los brotes nuevos del melocotonero?

¿No lo véis en el sol y la luz, en el monte y los campos?

¿No lo véis en la sonrisa de un niño?

¿No lo véis en la mano extendida que ofrece amistad?

¿No lo véis en la ternura de la madre?

¿No lo véis en el clamor que no envejece con los años?

¿No lo véis...?

Jesús ha resucitado. Vive. Alegraos. Nuestro destino es vivir.

Cabildo Superior de Cofradías de Las Torres:

Templad bien vuestro ánimo. Levantad bien altos vuestros estandartes y, junto a los tambores y cometas, anunciad a todo el pueblo con vuestro fervor, entusiasmo y vivencia cristiana que la semana más grande del año va a dar comienzo.

Nazarenos y penitentes de Las Torres:

Abrid de par en par las ventanas de vuestra alma para que os invada el misterio de la Pasión del Señor y déis a todos, con vuestros desfiles, un testimonio de fe y de amor a la vida.

Pueblo de Las Torres, que amáis las procesiones:

Celebrad la fiesta, saltad de júbilo porque habéis comprendido y vivido en vuestra carne el milagro de transformar la cruz en gloria, la muerte en vida.

Celebrad así la Semana Santa, uniendo vuestra cruz a la única cruz salvadora para que el resplandor de la resurrección ilumine vuestras vidas.

Paisanos, amigos y hermanos:

Esto es lo que en esta Semana Santa para vosotros deseo.